



www.loqueleo.com

© 2016, Liset Lantigua

© De esta edición:

2017, Santillana S. A.

Calle de las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Av. Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-563-0

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Loqueleo Ecuador: Julio 2016

Primera reimposición en Santillana Ecuador: Junio 2017

Editora: Annamari de Piérola

Ilustraciones: Pablo Pincay

Actividades y corrección de estilo: Gabriela Tamariz

Diagramación: María Isabel Castellanos (libro) y Ramiro Jiménez
(cuaderno de actividades)

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

Muestra
promocional

Princesa Cochi

Liset Lantigua

Prohibida
su venta

© Santillana



loqueleo



*A mi hija Pamela, autora secreta de la paz
en Blanconomás.*



Saludo real	11
Donde se cuenta cómo el rey Clórox descubre una verdad y Blanconomás llega a tener un poco de color	13
Donde se cuenta el éxito de la procreación de los reyes y cómo la reina Lejía descubre el problema de los conejos	37
Donde se explica la <i>Ley Antimocos</i> y se busca nombre para el primogénito	57

Donde se cuenta la visita a Eco,
el adivino, y el nacimiento
del «primogénito» de los reyes 87

Donde se cuenta todo lo que se preguntará
a quien llegue al final de esta historia 103

Epílogo real 127

Biografía 129

Cuaderno de actividades 131

Muestra
promocional
**Prohibida
su venta**
© Santillana

Hace muchísimas lunas existió en nuestro mundo un reino: el Reino de Blanconomás. Claro que existieron otros, muchos... tantos que casi no caben en el famoso *Libro de los reinos lejanos*, pero este (que no aparece en ese ni en otros libros) es el más importante de todos. ¿Por qué? ¡Vaya pregunta! De eso va esta historia. Llegado el momento podrás sacar tus propias conclusiones, pero antes deberás desandar sus parajes a merced del viento loco que los barre. Deberás entender sus eclipses y sus lluvias y los caprichos de sus arcoíris. Y más... mucho más...

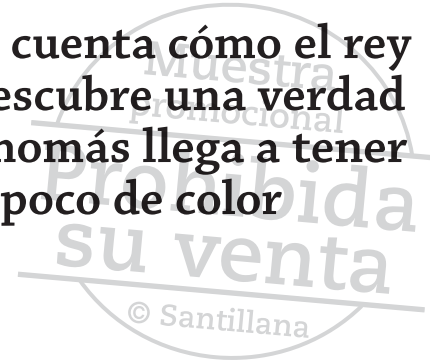
Nada de lo conocido podría servirte de algo (el *celu* lo puedes dejar en casa). Tendrás que prepararte para andar, eso sí: andar y desandar hasta abrir los arcanos de un tiempo perdido. Es posible (tan solo posible) que esta historia le esté faltando a tu vida.

12

¡Claro que nadie te obliga! Eres libre. Pero, si todavía te atreves, pasa. Eso sí, te limpias los pies y te lavas las manos. No me gustaría que el rey Clórox se enfadara contigo, y menos ahora que recién llegas. Eso es todo. ¡Sí, todo! Bienvenido al Reino de Blanconomás, donde la mugre no se verá (ni caspa ni mocos en él hallarás, tralaralá, tralaralá).

*Firmado
El escribano*

Donde se cuenta cómo el rey Clórox descubre una verdad y Blanconomás llega a tener un poco de color



—Jui jui, jui jui —cantaba el rey Clórox imitando a un pájaro de plumas blancas.

13

La reina Lejía disfrutaba su baño y los caballos retozaban junto a la fuente. Bebían y jugaban, bebían y jugaban... Era el primer día de la primavera. El cielo, como casi siempre, lucía limpio... En la tarde caería el Gran Aguacero, que no sería una lluvia cualquiera, sería «el aguacero» y todos en el reino se disponían a celebrarlo.

Lo había anunciado Loreto del Trapo, astrónomo y arquitecto real, quien llevaba 23 años acertando con la predicción y solo una vez había errado y por una hora. Había dicho que llovería durante cinco horas y a la cuarta escampó y salió un sol de verano. Habían transcurrido trece

años desde aquel error, pero al rey Clórox no se le olvidaba. Lo incluía al inicio de sus discursos, cuando daba lectura a la lista «Momentos históricos del reino».

14 Esta vez la gente estaba dispuesta a recibir la lluvia y había empezado a alegrarse desde que amaneció. Los pájaros se habían dispersado entre los arbustos para evitar el coro que al rey le gustaba imitar, y que los hacía sentir tan culpables... Porque el rey Clórox cantaba como habría cantado un cocodrilo con dolor de muela o un rey que acabara de ser atacado por un enjambre de avispas. Así cantaba.

Y como siempre hay un despistado de los que se instalan en los balcones reales y abren el pico sin pensar en nadie, ahí estaba Plumalarga, la mar de entonado y tan a su aire como él solo. Y ahí estaba también Su Majestad el rey Clórox V, imitándolo con un jui jui que vaya a saber en qué comarca del Pleistoceno habría pasado por melodía.

Y los habitantes de Blanconomás estaban en lo suyo, un poco nerviosos por el acontecimiento

que sería la lluvia, pero ilusionados, porque el río volvería a llenarse de agua y ellos podrían bañarse y lavar los pañuelos... ¡Eso!

15 Sin embargo, en honor a la verdad hay que decir que no todos saltaban en la famosa pata de la dicha. Algunos sabían que sus casas se inundarían, pues tenían agujeros en los tejados. Y temían que el agua arrasara algunas cosas, como los zapatos (que en el reino la gente tenía un par como mucho), y que tanta lluvia constipara al rey. ¡Eso!, que el monarca pescara una gripe porque entonces sí los cantos matutinos les recordarían el sabor de la maicena y el ají del monte (sin agua).

Y había algo que todos temían más que nada: que el aguacero sobrepasara las dos horas que había anunciado Loreto del Trapo y el reino llegara a blanquearse. Eso habría sido una catástrofe. Porque los habitantes sabían que sobre las fachadas y los muros y los árboles había apenas una fina capa de pintura que el rey había hecho poner cuando supo que su reino no constaba en el famoso *Libro de los reinos*

lejanos. Ellos, los blanconomasanos, eran testigos y cómplices de esa fina capa de pintura.

16 El día en que pintaron el reino, las mujeres inventaron el *ballet*, los niños de menos de un año descubrieron las carcajadas y los ancianos rejuvenecieron hasta la edad en la que habían sido más felices (algunos volvieron a la adolescencia y, en vez de disfrutar, andaban preguntándose quiénes eran y hacia dónde iban; otros siguieron igual de mayores, pues habían aprendido a ser felices cumplidos los cien años). Y todo por culpa de los conejos del reino, que se encontraban reunidos en asamblea para analizar un problema con los elefantes, justo cuando el rey salió a cazarlos (a los conejos, no a los elefantes) y se adentró en los caminos de siempre, en el bosque de toda la vida, y siguió de largo sin hallar ni uno. ¡Ni un conejo!

De ese modo el soberano llegó a la verdad de que Blanconomás no existía. Lo vio con sus propios ojos, que es el modo más desolador de descubrir una verdad por simple que esta sea. Y para su desgracia, su dolor se confundió con el de

todos, porque, sin saberlo, había llegado al Reino del Papel en el momento en el que su monarca, el rey Grafito I, moría de viejo en su alcoba.

El duelo estaba en marcha. La gente lloraba sin consuelo. La partida del buen Grafito cambiaba la vida de todos, pero, sobre todo, la de nuestro monarca, que pasó de ser un intruso a llorar como si el fallecido fuera su primo o su tío o su compadre, ¡vaya usted a saber! Porque, mientras los deudos estaban ocupados en el llanto, a Clórox V se le ocurrió hojear el majestuoso

17



Libro de los reinos lejanos que acababa de ser cerrado para siempre con el último punto del viejo rey, y que, según las *Leyes Monárquicas Universales*, no volvería a ser tocado con pluma o lápiz por el resto de las eternidades.

18 Al rey Clórox le entró curiosidad por saber en qué orden se encontraba su querido Blanconomás, y abrió la primera página con la ilusión de hallarlo entre los tres primeros reinos, pero sus ojos se deslizaron hasta el final y voltearon la página y volvieron a sobrevolar, desde un ceño fruncido, cada inscripción. En vano repitió la búsqueda durante las más de doscientas páginas del volumen hasta llegar al Reino del Azuca, el último en haber sido anotado y el más joven, por cierto, con apenas 104 años de existencia y una fama asegurada por los siglos de los siglos, gracias al punto final que la muerte de Grafito I acababa de dibujar en el libro con la mano del propio monarca. Y casi como último recurso, el rey Clórox decidió volver a buscar desde el final. Esa vez fue más despacio, con la lupa real del

difunto... Buscó en la *b* y luego en la *v*, por si acaso... y decidió obviar el abecedario porque los reinos habían sido inscritos en orden de descubrimiento y era una tontería seguir algún método que no fuese mirar y mirar, con la esperanza de que Blanconomás apareciera aunque fuera al margen, como una nota o un llamado de atención para los escribanos.

19

Y no. Fue un barrido perfecto, eso sí, pero no... Blanconomás no estaba.

Primero fue un mareo, una alerta de caída libre desde el séptimo volumen de los *Cuentos del bosque* en el que se había subido para hojear el *Libro...* en cuestión. Luego, un aferrarse a la lupa y un contener el cuerpo y el peso de la corona. Después fue un algo redondo de fuego subiéndole desde el abdomen e invadiendo su nuca para acabar en la garganta convertido en sollozo, un resoplido colosal que puso el duelo en pausa. Cada uno detuvo su llanto para mirar a aquel forastero disfrazado de rey que se unía al dolor con más desconsuelo que la propia viuda. Y puesto el sollozo inicial, lo que

vino fue un gimoteo desacompasado, clamoroso, un llanto que prometía inundaciones.

Los allegados al fallecido contemplaron a Clórox V inmóviles, con los pañuelos congelados en un esfuerzo mínimo de los pulgares y el índice, y las lágrimas a medio rodar por las mejillas, hasta que la reina reanudó su llanto y con el suyo el de todos, porque sabía que un llorón de primera como aquel podría robarle protagonismo al muerto más pintado y ella no iba a permitirlo.

Eso bastó para que el reino volviera a llorar. Y, aunque el dolor de Clórox superaba las expresiones de cualquier deudo (incluso las de las viudas y propietarios de mascotas recién fallecidas), las cosas siguieron más o menos como al principio. Todos intentaron ignorarlo hasta que uno de los criados no soportó oírlo más y le acercó un vaso con agua.

Y lo mismo hizo Bertulio, el consejero real, cuando tuvo que hacerle frente a lo que él catalogaría luego como «Su peor momento en la Corte del rey Clórox». Porque no fue fácil convencer al monarca de que el blanco (el impecable blanco)

era la causa de la inexistencia de Blanconomás en el famoso *Libro de* (lo que ya sabemos). Le llevó un vaso con agua y le dijo:

—Beba, mi rey.

Y el rey bebió y se calmó durante dos o tres segundos que el consejero aprovechó para explicarle el problema del blanco.

En realidad, Bertulio del Claro estaba aburrido de ver el mundo de dos colores: blanco-reino y azul-cielo. Llevaba años imaginando tonalidades de blanco que casi llegaban al gris o al amarillo, y una vez juró haber visto una nube rosa y se preguntó si no sería posible que un día la lluvia trajera otros tonos. ¡Ni qué decir la fiesta que era el reino salpicado de colores en la imaginación de Bertulio!

Esta vez, la oportunidad se le brindó mientras buscaba consuelo para un rey que se había chorreado, casi diluido dentro de la corona, y que no paraba de llorar por la inexistencia de su reino en un libro. Era, al mismo tiempo, un rey triste y un cazador vencido por la única presa que había atrapado en aquella cacería: la verdad.